

**ANTE LA URGENCIA
DE UN NUEVO HUMANISMO**
**Lección Inaugural, leída en el Centro de
Estudios Superiores Alberta Giménez
en el acto de apertura
del curso 2014-2015**

Miquel Gual Tortella

Contemplando la realidad que configura este inicio de siglo XXI, a nadie puede sorprender la afirmación de que vivimos una crisis tan global que la podríamos definir como crisis planetaria; coincidiendo, por una parte, con la resistencia a la occidentalización de sociedades emergentes y, por otra, con la pérdida de aquella esperanza que, desde años atrás, se había depositado sobre el progreso. Un progreso que a partir de las últimas décadas del siglo XX se convertía en el mito de Occidente, invadiendo, a su vez, gran parte del planeta. Pero, si comparamos el período de exaltación que vivió Europa en las últimas décadas del siglo pasado con otras etapas de nuestra historia humana, tendremos que admitir, primeramente, que, aunque todo ello quedó reducido a un tiempo relativamente breve, fue el momento propicio para el surgimiento de la globalización, la cual aparecía con sus luces y sombras. Su aspecto positivo es que originó a nivel planetario unas zonas de prosperidad según el modelo occidental y determinó la formación de unas clases medias comparables con las adquisiciones de las clases medias occidentales. Pero, la mundialización también ha aportado en el seno de las nuevas clases medias de los países emergentes la intoxicación del consumismo. Es evidente que sin una mayor facilidad de comunicación, hecha realidad gracias a las nuevas tecnologías, no se hubiera producido, por lo menos

con la rapidez con la que se dio, este movimiento tan global y globalizante entre sociedades que, hasta hacía relativamente poco tiempo, se ignoraban.

No obstante, la globalización, como estadio de la mundialización, una vez entrada en decadencia, hecho que se explica por una multicausalidad, no solo dio origen a una crisis planetaria, sino que provocó que esta tuviera múltiples rostros.

Así pues, hoy se puede hablar de una crisis económica a nivel mundial, la cual empezó a mostrar su cara a partir de los primeros años del siglo XXI. Esta crisis económica no podría ser debidamente comprendida si se la separara de la ecológica, la cual, además de la económica, provoca otras crisis de tipo social y político.

Por otra parte, las sociedades tradicionales tienden a desintegrarse; de tal modo que la civilización occidental que produce la crisis de la globalización está ella misma en crisis. ¡Qué duda cabe de que el neoindividualismo ha tenido un papel notable en el cambio social unido al hedonismo y al materialismo! Aquí, la consecuencia objetiva consiste en la falta de modelos morales universales, mientras que la actitud negativa es el desconcierto y pasividad, así como la generalización del propio hedonismo, el cual aparece con suficiente capacidad para destruir la antigua solidaridad y agravar la desigualdad.

Junto con estos ya citados, igualmente se puede hablar de otros rostros de la misma crisis como el demográfico, el urbano, el rural, el político e incluso el religioso, por lo menos aquí en Occidente. Así pues, la globalización, la occidentalización y el desarrollo alimentan la misma dinámica que produce una pluralidad de crisis interdependientes, las cuales permiten decir a Edgar Morin que “la gigantesca crisis planetaria es la crisis de la humanidad que no logra acceder a la humanidad”.

Por otra parte, el papa Francisco en su exhortación ‘El gozo del Evangelio’, hablando de los desafíos del mundo actual, señala también toda una serie de causas, que a su vez ya son consecuencias, de la crisis que vivimos; crisis que ya está creando, cada vez con mayor fuerza, una economía de exclusión; una economía que resulta letal para las capas más vulnerables de nuestra sociedad actual. Pero, no solo eso, quizá lo peor de estas situaciones, sigue afirmando el papa, esté en el hecho de que muchos nos volvemos insensibles ante el clamor del hermano. Son muchos los que hoy en nuestras sociedades siguen desoyendo el grito angustiado que con voz potente baja del cielo interpelando las conciencias y preguntando: “¿Dónde está tu hermano?” No se puede olvidar que la crisis financiera que atravesamos no es más que un signo de otra crisis más profunda, la antropológica. Nuestra sociedad actual ha caído en el pecado de idolatría, adorando un nuevo becerro de oro llamado dinero/poder, erigiendo a la economía como la primera fuerza que gobierna, en lugar de servir a la misma humanidad. Este camino, lógicamente, más que abrir la sociedad hacia un nuevo horizonte de sentido y esperanza, podría desembocar en el absurdo.

¿Hacia dónde nos conduce, pues, la vía que estamos siguiendo? Esta es la pregunta obligada después de haber recorrido sucintamente nuestra realidad. Esta es también la cuestión que formula Edgar Morin en una de sus últimas obras publicadas, a la que bautizó con este sugerente título: *La Vía para el futuro de la humanidad* (Madrid, 2011). ¿Nos conduce esta Vía hacia un progreso sin fin? Ya no podemos seguir creyendo en él, afirma el autor. La muerte del “pulpo totalitario” ha despertado el de los fanatismos religiosos y estimulado el del capitalismo financiero, y todos ellos aprisionan, cada vez más, el mundo con sus tentáculos. Así, la disminución de la pobreza no solo se produce con un crecimiento del bienestar material, sino también a costa de un enorme aumento de la miseria. Ante el peligro que nos amenaza, el sociólogo humanista propone en su obra antes citada recuperar las vías –en minúscula–,

para que a través de ellas la sociedad pueda llegar a encontrar la Vía –en mayúscula– sobre la que edificar la sociedad del futuro. El conjunto de vías, en minúscula, que señala el autor como el camino que podría conducir al ser humano a la Vía, es decir, a la posesión de una existencia con mayor sentido, no es otro que el de las vías de los valores.

Hoy, muchos de los avances científicos han podido llevarse a cabo gracias a la visión holista de la realidad. Lo mismo se puede afirmar de las reformas, como la reforma de la vida, la moral, la del pensamiento, la de la educación, la de la civilización y la política, estando todas ellas interconectadas y, por eso, su progreso les permite dinamizarse mutuamente. Pero, aunque en este cruce de caminos no podamos esperar el mejor de los mundos, sí podemos anhelar un mundo mejor; sin olvidar que solo siguiendo las vías reformadoras regeneraremos el mundo humano, de tal modo que converja hacia la Vía que conduce al cambio. Este cambio, por otra parte, cosa que no se debe obviar, ya ha empezado a darse; hay millones de iniciativas que florecen en todas partes del mundo. Es verdad que muchas de ellas son desconocidas, pero cada una de ellas merece la máxima atención. En este sentido nos aportan una gran luz las palabras de Jesús cuando dice que “el Reino de los Cielos, es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier otra semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas” (Mt 13, 31-32). Y aún les dijo otra parábola: “El reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo” (Mt 13, 33). Con este lenguaje sapiencial, que encontramos no solo en las parábolas sino también en muchos otros lugares de su mensaje, Jesús invitaba a sus seguidores, y hoy nos sigue invitando a nosotros, a valorar todo lo que hace el hombre de positivo; pues aunque sea pequeño e insignificante nada queda estéril. Ninguna de las vías, cuando es auténtica, es

despreciable, por muy pequeña que parezca, y el conjunto de ellas podrá formar la Vía. La Vía que regenerará el mundo haciendo de él un lugar más humano y, obviamente, más habitable.

¿Estamos planteando algo puramente utópico, podrán preguntarse algunos? La respuesta a este interrogante está en relación directa con el sentido que demos a la palabra “utopía”. Dice un autor de nuestros días que la auténtica razón de que se hayan inventado las utopías no ha sido el gusto por la fantasía, sino el deseo de transformar el presente. En el fondo, sigue afirmando el mismo autor, todos los que describen utopías describen algo que no existe para ayudar de este modo a transformar la sociedad que existe. Así lo entendió Tomás Moro y así lo plasmó por escrito en su obra humanista *La Utopía*. Pero, siglos antes, el profeta de Nazaret, predicando el Reino de Dios, ya se incluía en la larga lista de los que han esbozado utopías para transformar la injusticia, la miseria y la necesidad del presente en experiencias de Reino de Dios.

Pero, a pesar de todo, ¿podemos mantener esta esperanza?; una cuestión a la que el sociólogo francés ya mencionado responde subrayando cinco principios de esperanza:

1. *El surgimiento de lo inesperado y la aparición de lo improbable.* La doble resistencia de la pequeña Atenas frente al poderío persa fue altamente improbable, pero permitió el nacimiento de la democracia.

2. *Las virtudes generadoras/creadoras inherentes a la humanidad.* De la misma manera que en todo organismo humano existen células madre dotadas de aptitudes polivalentes, aunque no siempre estén activas, en toda sociedad humana también existen unas virtudes regeneradoras.

3. *Las virtudes de la crisis.* Las crisis pueden despertar fuerzas desintegradoras; pero también fuerzas regeneradoras, capaces de dar origen al nuevo humanismo.

4. *Las virtudes del peligro.* Donde crece la desesperación, crece también la esperanza. Y la oportunidad suprema está en el riesgo supremo.

5. *la fuerza interior de la humanidad hacia el estado de armonía.* La vida humana es lucha permanente para reconstruir la armonía inicial que el egoísmo humano rompió. Y la armonía más preciada es la que se origina en la solidaridad humana.

Hasta aquí, no sé si lo habré conseguido con suficiente nitidez, he pretendido no solo mostrar la realidad que vivimos con sus luces y sombras, sino que a su vez he intentado proyectar unos criterios suficientemente sólidos, con la voluntad de evitar caer tanto en el pesimismo del que lo ve todo negro, como en el derrotismo del que afirma que “ya no hay nada que hacer”; dos actitudes que anulan el sentido que puede tener cualquier compromiso humano, por pequeño que sea. De ahí el título que he querido dar a esta lección: **“Ante la urgencia de un nuevo humanismo.”** Nos urge, pues, para devolver una mejor salud a la sociedad del siglo XXI, decidirnos en favor del humanismo del amor, del humanismo de la esperanza y del humanismo de la justicia.

Pero, ¿qué significa, hoy, ser humanista? Significa tender puentes entre el Norte y el Sur y reforzar la comunidad humana para afrontar conjuntamente los retos y desafíos que tenemos. Significa comprometerse a favor de los más débiles, abriéndoles, en primer lugar, el acceso a una educación que ha de ser para todos, así como a una información objetiva y veraz. Significa no excluir a nadie del diálogo universal; significa, en definitiva, valorar la cultura como herramienta de acercamiento y cohesión y no de exclusión.

El nuevo humanismo que postulamos es aquel que apuesta por la realización de la persona que se construye dialógicamente, buscando la manera de convivir con lo que o con quien es diferente. Este nuevo humanismo es aquel que exige y vela por la igualdad

ontológica, principio fundamental para la protección tanto de la diversidad biológica como cultural.

Este nuevo humanismo significa también una mejor gestión de nuestro entorno natural para evitar, de este modo, que países enteros se vean amenazados por la sequía, la desertización o la elevación del nivel del mar.

En un antiguo documento de la UNESCO leemos estas palabras: “El problema de la comprensión internacional es un problema de relaciones entre culturas. No obstante, es de estas relaciones de donde deberá surgir una nueva comunidad mundial basada en el respeto mutuo. Esa comunidad, sigue diciendo el documento, debe tomar la forma de un nuevo humanismo, en el que la universalidad se logre mediante el reconocimiento de los valores comunes que encierra la diversidad de las culturas” (UNESCO, 1953).

En el siglo XXI, la mundialización ya no es una cuestión de contactos, sino de intercambios. La comunidad humana mundial ha establecido vínculos más estrechos. En este contexto, la construcción de una comunidad humana exige sin duda algo más que el fomento de la tolerancia mutua, el respeto o el entendimiento. La historia, incluso la más reciente, pone de manifiesto las dificultades que existen para la construcción de una nueva comunidad universal, hecho ante el cual no se puede ni debe claudicar, optando por otra vía más fácil y selectiva, la vía de la exclusión de países pobres o, incluso, de continentes, como es el caso de África.

La tarea propia del nuevo humanismo debe empeñarse en lograr una nueva solidaridad. El papa Juan Pablo II, en un discurso pronunciado en una de las universidades civiles de Roma, decía a los universitarios que la globalización ha de tener un nombre, solidaridad. En efecto, solo este espíritu de solidaridad

podrá reincorporar todos los países a la comunidad universal. Este proyecto quizás parezca imaginario, pero nada justificaría el hecho de rendirse ante el escepticismo. Los proyectos que a lo largo de décadas o incluso de siglos han llevado a cabo, principalmente en países del Tercer Mundo, organizaciones como Naciones Unidas, confesiones cristianas como la misma Iglesia Católica u ONG, tanto en el campo de la educación y de la sanidad como en el campo del desarrollo en general, avalan el sueño de atreverse a caminar hacia el nuevo humanismo que hemos descrito anteriormente.

Estos proyectos representan modalidades que hacen posible el acercamiento de los seres humanos. No cabe la menor duda de que la **educación, la ciencia, la cultura y la comunicación** son los pilares para la construcción de una nueva comunidad humana unida, así como los cimientos de un desarrollo sostenible. No hay inversión más sabia que la que contempla a estos elementos como ejes fundamentales del desarrollo. Este es el desafío del futuro y, al mismo tiempo, la condición para consolidar la paz universal.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

FRANCISCO I. (2014), Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*.

TOURAINÉ, A. (2011), *Después de la Crisis*, Paidós, Madrid.

MORIN, E. (2011), *La Vía para el futuro de la humanidad*, Paidós, Madrid.

BAUMAN, Z. (2010), *Mundo consumo*, Paidós, Madrid

UNESCO (1953), *Documentos*.